

Cagliostro

Mauricio Molina



W. Blake, *Las puertas del paraíso*, 1793



W. Blake, *Sueño de peregrino*, 1793



W. Blake, *La puerta de la muerte*, 1793

A menudo pensamos en el siglo XVIII como el Siglo de las Luces: la Edad de la Razón que iluminaron Voltaire, Rousseau, Hume, Adam Smith o Diderot, una edad racional y perfectamente bajo control, salvo, claro está, por el estallido de la Revolución Francesa. Se nos suele olvidar que en todas las épocas existen fuerzas y personajes irracionales que pasan por charlatanes o por locos, por revolucionarios, iluminados o santos. Tal es el caso de Giuseppe Balsamo (1743-1795), mejor conocido como el Conde de Cagliostro.

El llamado “último alquimista” culmina una tradición que arranca con la comunidad de los Rosacruces en Alemania e Inglaterra, también llamados los Invisibles y que de alguna manera influyen en la fundación de la masonería y otras sectas del estilo. Como lo ha apuntado Frances A. Yates en su libro *El iluminismo Rosa-cruz*, la comunidad de la Rosa-Cruz era una suerte de juego literario-filosófico que proponía la aparición de un grupo de co-

nocedores de un saber secreto que llevaría a los reinos a la felicidad y que se dio entre ciertos grupos intelectuales alemanes e isabelinos.

Pero Cagliostro es también conocido por un famoso escándalo político: se vio envuelto en la venta de un collar de diamantes de María Antonieta y a menudo se le relaciona en los círculos esotéricos —más que nada gracias a la novela de Alejandro Dumas titulada simplemente *Giusseppe Balsamo*— con el arranque de la Revolución Francesa.

Si con Cagliostro culmina la edad de oro de la alquimia, también con él comienza algo mucho más perturbador: la teoría del complot. Pero vamos por partes. La propia vida de Giuseppe Balsamo, a quien en adelante llamaremos Cagliostro por comodidad, es en sí misma un verdadero festín de la picaresca tardía.

Este médico, curandero y chamán de las clases aristocráticas de la Europa dieciochesca, conocido y envidiado por un

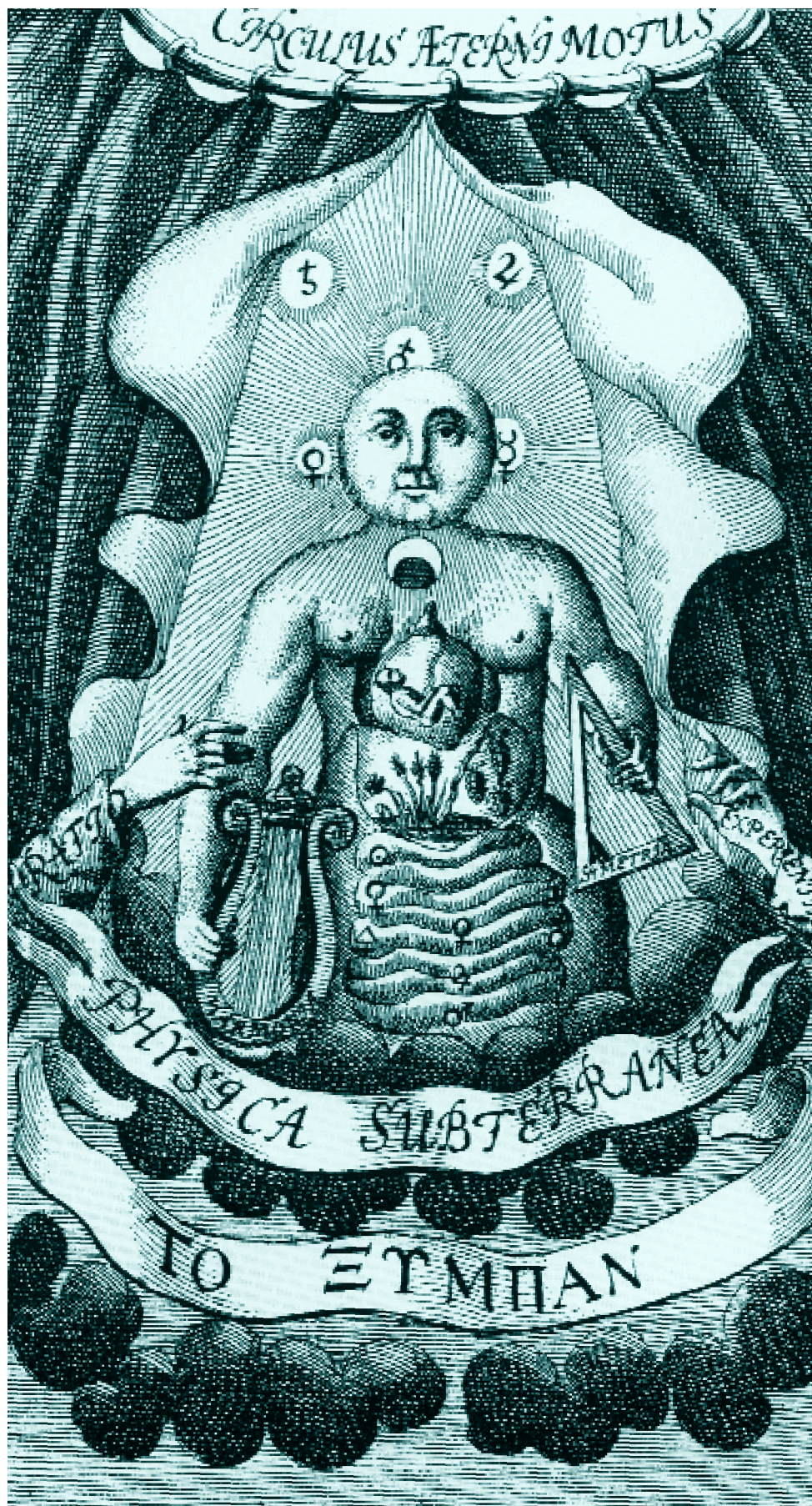
Casanova en retirada con quien se encuentra en múltiples ocasiones, nació en un humilde pueblo de Sicilia y gracias a su ingenio logró abrirse paso como arribista social hasta convertirse en un verdadero monstruo de su tiempo. Después de pasar algún tiempo como novicio en Malta y de un turbio negocio que culminó con un robo del supuesto tesoro de los Templarios, pasó a Roma donde se encontró con su alma gemela: una ardiente y hermosa romana llamada Lorenza Feliciani, quien en adelante sería conocida como Serafina. Como en las mejores novelas del siglo XVIII, este siciliano hizo uso y abuso de la belleza de su mujer. Gracias a sus encantos logró abrirse paso en una sociedad libertina pero cerrada e intolerante. Al cambiar de nombre y convertirse en una suerte de iluminado, Cagliostro se franqueó las puertas de las cortes más ricas de Europa, desde la Rusia zarista de Catalina hasta la Corte francesa de María Antonieta, cuyo escándalo del collar de diamantes fue una especie de anticipación

exquisitamente macabra a su encuentro con la guillotina...

Esta mezcla de proxeneta y mago hacía pociones para rejuvenecer, restándole, claro está, algunos años a la edad de su esposa a quien intercambiaba, de cuando en cuando, a la manera de los *swingers* actuales. Prometía la conversión del mercurio en plata, la creación de la *pedra filosofal* poniendo al descubierto las supersticiones tardomedievales de su tiempo.

Al leer la espléndida biografía de Cagliostro escrita por el historiador Iain McAlman (Ares y Mares, Madrid, 2004) no podemos sino pensar en nuestra propia época, sobre todo cuando entran en juego otras fuerzas mucho más complejas, como la política, los movimientos sociales y las intrigas religiosas. En cierta forma Cagliostro recuerda a algunos charlatanes y curanderos del *New Age*, a los chamanes del esoterismo del caldo cuántico o a cultos como la reciente moda de la cábala impulsada por Madonna, la cienciología promovida por Tom Cruise y todo ese menú de supersticiones posmodernas que conforman el lamentable universo espiritual que habitamos. A pesar de esto Cagliostro es un hombre de su tiempo: un romántico y un cínico, algo de lo que carecen los movimientos actuales de este tipo.

Bien mirado la vida de Cagliostro no es más que una especie de fábula en torno a la impostura. Pe ro este simulador de genio innegable supo hacer de las suyas y convertirse en un héroe para muchos y para otros, por supuesto, en un villano. Su caída comenzó en el momento en que se inventó un origen árabe, que poseía los secretos de los Templarios, que era el maestro de la secta de los Invisibles (como hemos dicho, un juego literario angloalemán —los Rosacruces— convertido en un verdadero mito que aún hoy sobrevive en novelas segundonas como *El código Da Vinci*) y que poseía el secreto de la *pedra filosofal*.



J.J. Becher, *Physica subterranea*, 1703

El llamado “último alquimista” culmina una tradición que arranca con la comunidad de los Rosacruces...

Si con Cagliostro culmina la edad de oro de la alquimia, también con él comienza algo mucho más perturbador: la teoría del complot.



Isaac Hollandus, *Mano de los filósofos*, 1667

Su popularidad como sanador era bien conocida. Inventaba pociones, la mayor parte de ellas placebos inocuos, como lo demostraron químicos curiosos que siguieron sus recetas a mediados del siglo XX, creaba fundaciones para atender a los pobres, era tenido como mago y como benefactor. Más o menos al mismo tiempo habían aparecido las primeras sectas masónicas, a las cuales fue asociado inmediatamente, muchas de las cuales lo aceptaron como una suerte de mesías mientras que otras, como sucede con la lógica sectaria, lo rechazaron. Para muchos Cagliostro es simplemente un charlatán, pero para otros es una suerte de héroe. Para Walter Benjamin por ejemplo Cagliostro es el último mago, el último Invisible (si es que alguna vez existió alguno), el último alquimista rebelde que creía en la magia en una era que *fetichizaba* la Razón y que a todas luces no tenía ninguna.

El destino de Cagliostro fue terrible: acusado de instigador al regicidio y asociado a la Revolución Francesa pero, sobre todo, perseguido por sus acreedores y, peor aún, traicionado por Serafina, quien moriría loca en un convento. En 1791 regresó a Italia donde fue capturado y procesado por lo que quedaba de la Santa Inquisición. El Papa Pío VI, instigado por el temor, lo envió a la prisión de San Leo en Pesaro, una lejana fortaleza donde el maestro fue encadenado y donde paulatinamente fue enloqueciendo, pintando signos cabalísticos con sus propios excrementos y haciendo peticiones extravagantes.

La paranoia del propio Vaticano en torno a la expansión de la Revolución llegó a tal grado que se pensó que una flota de globos aerostáticos procedente de la Francia revolucionaria llegaría a rescatar a Cagliostro, por lo que fue destacada una tropa de soldados para custodiarlo. Este humilde y grandioso pícaro siciliano terminó su vida de esta manera extraordinaria. Murió en 1795 a los cincuenta y dos años de edad. [1]